

## CAPITULO CCLXXX.

Sacrificios que hacia Francia para sostener sus ejércitos.—Los españoles sufren nuevas derrotas.—Sitio y rendición de Barcelona.—  
La paz general.

EXTRAORDINARIA fué la audacia desplegada por los migueletes catalanes que, por medio de rápidas sorpresas tan prontamente concebidas como inmediatamente ejecutadas, se apoderaron de una porción de fortalezas y villas, degollando á sus guarniciones, bloqueando plazas fortificadas como Hostalrich y Castellfullit, en términos que obligaron á demoler las fortificaciones de estos puntos, para evitar que si caían en su poder volvieran de nuevo á prestarles abrigo.

El Virey celebraba estas proezas y hacia que en Barcelona se solemnizasen todos los triunfos de los catalanes, pero al poco tiempo, sea que de la corte se recibiesen órdenes para que cesara aquella clase de guerra, sea, y es lo más probable, porque había recibido considerables refuerzos de soldados alemanes, irlandeses y walo-nes mandados por el príncipe Jorge de Hesse Darmstad y los soldados de Castilla y de Navarra, reclutados, según manifestamos en otro lugar, cambió por completo, y reuniendo un ejército de treinta mil hombres próximamente, sin contar con los paisanos armados y los migueletes, se decidió por emprender las operaciones por sí propio, no alentando sino conteniendo á los que ántes había halagado.

No ménos trabajos que en España estaban pasándose en Francia para reunir soldados, siendo necesario que las tropas que se hallaban de guarnición en París cogiesen á todos los mozos que se hallaban ya en condiciones para manejar las armas y les encerrasen en casas destinadas al efecto, vendiéndoles despues á los oficiales que iban haciendo la recluta.

Merced á este recurso tan brutal conseguíase aumentar el contingente de las tropas, pero cuando llegó aquel procedimiento á noticia de Luis XIV, indignóse extraordinariamente, y mandó cerrar inmediatamente aquellas gazaperas, de las que había treinta en la capital, que se dejase en libertad á los que habían sido presos de aquel modo, y que se formara causa á los que les habían cogido.

El duque de Vendôme sucedió en el vireinato de Cataluña al mariscal de Noailles, que hubo de retirarse á Francia enfermo y satisfecho con las glorias adquiridas, y todo lo que de nulo había dado tan repetidas muestras el marqués de Gastañaga, tanto en Flándes como en España, habíalo acreditado de entendido y prudente el de Vendôme en Alemania y en Italia, que parecía destino de esta nación tener que poner siempre al frente de excelentes generales extranjeros, generales ineptos que comprometían á los soldados que mandaban y la suerte del país que defendían.

Y prueba de esta verdad, que con tan numeroso ejército como el de Gastañaga llegó á reunir, y contando con la ayuda de la escuadra aliada, que por este tiempo andaba costeando el litoral de Cataluña, no pudo llevar á cabo ninguna operación importante, no consiguiendo ni aún apoderarse de la plaza de Palamós, á la cual había puesto sitio.

En la campaña de 1696 hubo sí algunos encuentros que tomaron mayores proporciones que otros de su misma especie, pero no tuvieron consecuencias, y únicamente, cuando se intentó un combate formal por la parte de Tordera, quedó derrotado nuestro ejército, pereciendo casi toda la caballería walona con el general conde de Tilly, que era el comisario general, pudiéndose atenuar algún tanto el destrozo merced á los esfuerzos del príncipe Darmstad.

Por efecto de estos repetidos reveses los franceses dominaban como dueños, demoliendo fuertes, exigiendo contribuciones y vejando al país, y como su ejército había ido aumentando mientras el nuestro disminuía por efecto de los encuentros desgraciados que había tenido, pronto se encontró en situación de tomar resueltamente la ofensiva.

Lógico era que los catalanes se quejasen amargamente de la situación á que les reducía la impericia de los generales que enviaban de la corte, y tantas y tales fueron las quejas que dieron del marqués de Gastañaga, que no hubo otro remedio que nombrarle sucesor, siendo el elegido para el cargo de virey D. Francisco de Velasco, hombre que había demostrado ya su valor en otras ocasiones, nombrando al mismo tiempo para el cargo de maestro de campo general al conde de Corzana, y general de caballería al conde de la Florida.

La famosa Junta Magna formada en Madrid, y de la cual nos ocupamos ya en otro capítulo, había dado en los asuntos de la guerra tan escasos resultados como en todos los demas objetos de que se ocupaba, y la Junta llamada de generales, no obrando con mejor acierto, ni supo escoger una persona apta para el cargo de virey de Cataluña, ni sacó el partido que debía de la monstruosa contribución de un soldado por cada diez vecinos que había impuesto á las provincias, ni de los donativos forzosos con que se obligó á toda la nación á que contribuyese para sufragar los gastos que estaba ocasionando.

Así es que el estado de Cataluña, en vez de mejorar al cabo de tantos años y de esfuerzos tan grandes, se le veía empeorar por momentos, no pudiendo entreverse esperanza alguna de salvación.

A pesar de hablarse tiempo hacía ya de la paz, porque la verdad era que si España se encontraba mal, no estaba Francia mejor, en 1697 quiso Luis XIV tentar el último esfuerzo, á fin de obligar

más á España para que aceptase las condiciones que tuviera á bien imponerle.

En su consecuencia, y en armonía con el plan que se trazara, dió orden á Vendôme de que pusiera sitio á Barcelona, mandando á la vez que las escuadras de Tolon y de Marsella acudieran á bloquearla por mar, y efectivamente, en junio de 1697 el duque frances con un ejército de veinte y cuatro mil hombres y la escuadra al mando de Estrées, aparecieron simultáneamente ante la plaza.

El Virey español creyó prudente no permanecer encerrado en ella, y dejando una guarnición de once mil hombres bajo el mando del conde de Corzana y del príncipe Darmstad, y cuatro mil hombres que componían la milicia de los gremios, sin contar la mayoría de la población toda resuelta á defenderse, salió con el resto de su ejército fuera de la ciudad.

Verdaderamente causa rubor ver la impasibilidad del virey Velasco, que, desde su cuartel de Molins de Rey, con fuerzas suficientes para impedirlo, dejaba que el frances estableciese su campo con la mayor calma desde Sarriá hasta las Esplugas, emplazando sus baterías y abriendo las trincheras que mejor le acomodaban, mientras la escuadra estaba arrojando bombas y balas sobre la ciudad, que sentía aumentar su enojo en proporción que sus enemigos la maltrataban.

Los naturales de las inmediaciones al toque de somaten aparecían en las montañas mandados por los intrépidos caudillos Boneu, Agulló y otros; más ¿de qué servían sus esfuerzos sino se encontraban hábilmente secundados?

El espíritu de los barceloneses no decayó un solo momento; lo mismo el fraile que el mercader, igual la noble dama que el más humilde artesano, todos se habían unido para la defensa comun, y todos estaban resueltos á morir ántes que dejar que se apoderasen los franceses de la ciudad.

Hubo día que la guarnición hizo siete salidas sosteniendo siete combates consecutivos, pero el conde de Corzana no atendía á las fortificaciones que la ciudad exigía, descuidaba muchos puntos débiles de que se aprovechaba el enemigo, negaba las armas á aquel vecindario sediento de esgrimir las contra los franceses, y daba con su conducta ambigua é incierta mucho que sospechar.

Comenzó á hablarse de capitulación, y un grito general de reprobación se alzó en toda la ciudad, que se comprometió á defenderse sola con tal que el de Corzana y sus soldados marchasen, quedando solamente el príncipe Darmstad y los suyos.

Pero á consecuencia de la vergonzosa sorpresa que hubo de sufrir el virey Velasco en 14 de julio de 1697 por las tropas francesas, sorpresa en la cual quedó todo su ejército derrotado, corriendo él mismo grave riesgo de caer en manos de sus enemigos, y en cuyo hecho de armas portáronse tan cobardemente el Virey como el último soldado, fué depuesto aquél y nombrado en su lugar el conde de Corzana, con lo cual volvió á hablarse de capitulación.

Efectivamente, el 10 de agosto, y á los tres días de haber sido nombrado el de Corzana virey de Cataluña, firmóse la capitulación y tregua con tanta irritación y cólera de todo el pueblo como disgusto del príncipe de Darmstad y de los mejores capitanes, llegando á tal extremo el dolor del conceller *en cap* de Barcelona por aquella ignominiosa rendición, que falleció á los muy pocos días.

Los franceses se habían obligado á no cometer atropello alguno en la ciudad, á respetar las vidas y haciendas, dejando que la guarnición saliese por la brecha con todos los honores de guerra, mas ni aún con esto pudieron conseguir vencer el onajo de aquellos naturales.

El río Llobregat servía de línea divisoria á los dos ejércitos durante la tregua convenida entre Corzana y el duque de Vendôme; pero apenas hubo aspirado aquella lanzóse el frances sobre su adversario de un modo tan rudo é inesperado, que no tuvo otro remedio que retroceder, dejando hasta su carruaje en poder del Duque, quien tuvo la galantería de devolvérselo al día siguiente.

Fácil es comprender que con la toma de Barcelona podía darse por concluída la campaña de Cataluña, y efectivamente, la toma de Vich fué el último hecho de armas que tuvo lugar.

El rey de Francia hizo grandes mercedes al Duque, é inmediatamente principió á tratarse de la paz general.

Ya dijimos en el capítulo anterior que el rey de Francia había celebrado un tratado particular con el duque de Saboya, y como Suecia había ofrecido su mediación para llegar á una paz general aceptáronla todas las potencias, y enviaron sus representantes en 1697 á Riswick, punto elegido para las conferencias.

Allí presentó Francia sus proposiciones, manifestando que, si en un plazo determinado no se admitían, se separaba de las conferencias, sujetando de nuevo á las armas la decision de las cuestiones que había pendientes.

Ante una declaración tal, lo mismo España que Inglaterra y Holanda separáronse del Emperador, que había opuesto algunas dificultades para la paz, y la suscribieron con Francia en 20 de setiembre de aquel mismo año.

El Imperio, al verse solo, no tuvo otro remedio que adherirse también al tratado de paz general, lo cual tuvo lugar en octubre del mismo año.



MARÍA ANA DE NEOBURG, SEGUNDA ESPOSA DE CARLOS II

## CAPITULO CCLXXXI.

La cuestion de sucesion.—Partidos que en la corte se formaron con este objeto.—Consultas que se hicieron.

TODAS las esperanzas que había de que el Monarca tuviese sucesion directa habíanse desvanecido ya.

Lo mismo el primero que el segundo matrimonio habían dejado defraudados los deseos de la nacion, y si á esto se añade la delicada complexion del Monarca y su falta de carácter, de energía y de capacidad para prevenir la situacion en que sus dominios habían de quedar en el caso probable de su fallecimiento, podía comprenderse perfectamente la poca lisonjera perspectiva que se le ofrecía á un país que tan arruinado, tan descontento y tan abatido se encontraba ya.

Considerábase como muy próxima la extincion de la raza masculina de la casa de Austria, que por espacio de dos siglos venia ocupando el trono de España, y, como es consiguiente, esta consideracion comenzaba á hacer agitar la política de las demas naciones, del mismo modo que de ella se ocupaban todos los hombres pensadores de nuestro país.

De igual modo comenzaba tambien á preocupar al mismo Monarca la persona que había de sucederle en la gobernacion de sus Estados, y á su alrededor sucedíanse intrigas sobre intrigas, y formábanse partidos con aspiraciones distintas y con trabajos más fuertes y repetidos.

Fácilmente se comprende que si á las naciones en general había de preocuparles la cuestion de la sucesion á la corona de España, Francia, que, como más próxima, podía estar en mayores antecedentes que las demas, había de preocuparse doblemente y agitarse en su consecuencia.

Luis XIV, ambicioso y astuto, halagado por sus triunfos y alentado por el estado de debilidad á que había conseguido reducir aquella España tan fuerte en otro tiempo, y que tan serios disgustos había ocasionado á los monarcas sus antecesores, fijaba su avarenta mirada en esta corona, para cuya posesion podía alegar algun derecho.

Segun algunos escritores, el rey de Francia sabía positivamente que Carlos II era inhábil para tener sucesion, por habérselo manifestado así María Luisa de Orleans, primera esposa de éste, como sabemos, y que como consecuencia de esto había sido toda la serie de acontecimientos que fueron sucediéndose despues, tanto en la marcha de la guerra, como en las vías diplomáticas.

En vida de la difunta reina D.<sup>a</sup> María Luisa habíase trabajado perfectamente en este sentido, preparándose convenientemente los ánimos y adquiriéndose partidarios para el momento en que conviniese obrar de una manera franca y resuelta.

Pero la muerte de aquella Reina dió un golpe fatal á todas las aspiraciones de Luis XIV, ganando en cambio el emperador de Alemania todo lo que el rey de Francia perdía.

Leopoldo aspiraba para su hijo, el archiduque Carlos, la sucesion en el reino de España, y el casamiento de Carlos II con María Ana de Neoburg le fué de gran utilidad para el resultado que se había propuesto.

El Emperador envió á la corte de Madrid, en calidad de embajador, al conde de Harrach, que era uno de los caballeros de más habilidad de su corte, y éste, ayudado por la segunda esposa del débil Monarca, comenzó á trabajar con ahinco en pro de los intereses de su señor.

Esto produjo, como es consiguiente, una division, no solamente en la corte, sino en la familia real, en tres partidos poderosos todos ellos, y que se hacían la guerra con una obstinacion y encarnizamientos extraordinarios.

La reina María Ana de Neoburg y el cardenal Portocarrero, el Almirante de Castilla y otros nobles no ménos importantes eran partidarios del Archiduque, mientras que el Rey y la Reina madre, el marques de Mancera, el conde de Oropesa y algunos otros lo eran del príncipe de Baviera, que alegaba como derechos para esta sucesion los de ser nieto de la infanta Margarita, hija de Felipe IV, y que había estado casada con el emperador Leopoldo, pues aun cuando la madre del Príncipe al casarse con el duque de Baviera había renunciado todos los derechos que pudieran corresponderle á la corona, ni las Cortes de Castilla ni el mismo Carlos II habían confirmado la renuncia, y en su consecuencia teníase la por inválida.

El tercer partido, que precisamente era el que ménos fuerza había estado teniendo durante la guerra, era el del Delfin de Francia, y contaba en su ayuda al conde de Monterey, y especialmente al eminente jurisconsulto D. José Soto, consejero de Castilla tambien, y á otros no ménos importantes caballeros.

Fácilmente se comprende la lucha pertinaz que habían de estar sosteniendo estos bandos, cada uno de los cuales reconocía por jefes personajes de tan elevada categoría y de tan colosales influencias.

Hubo un momento en que pudo creerse ganada la cuestion por el emperador de Alemania, toda vez que su embajador obtuvo del rey de España la promesa de nombrar sucesor suyo al Archiduque en cambio del socorro de doce mil soldados alemanes que Leopoldo había de facilitarle para rechazar la invasion francesa en Cataluña.

Mas no pudo tener lugar esto porque el Emperador no pudo facilitar aquel auxilio, porque exigía además que se le concediese el gobierno del Milanesado como garantía, y más especialmente porque el carácter duro, codicioso y altanero de la Reina iba haciéndose cada vez más intolerable para la nacion, que no podía soportar la influencia de personajes de tan ruin especie como la Berlips y el alemán Wiser.

Otra de las causas que existían tambien para que el partido alemán fuese perdiendo terreno, era el convencimiento que cada día iba adquiriendo el país respecto á los males que le había traído la proteccion que constantemente habían querido estar dando los monarcas españoles al imperio, proteccion que, como hemos tenido ocasion de ver, nos había empeñado en desastrosas guerras, en las cuales se habían consumido nuestros tesoros, y nos habían costado muchos de nuestros mejores soldados.

Carlos, condenado á tratar constantemente de aquel asunto, asediado por tantas exigencias, confundido con tan distintos derechos como se alegaban y falta de energía y capacidad suficiente para imponerse á tantas intrigas y á tantas aspiraciones como á su alrededor se agitaban, sometía la decision de tan importante asunto á las consultas de sus consejos, reunía juntas especiales para deliberar sobre ello y buscaba en el parecer de todos la norma para poder ajustar su conducta.

Por más que las condiciones de nuestra publicacion no nos permitían hacer un traslado íntegro de los importantes documentos que respecto á este particular se escribieron, no podemos ménos, por la importancia que tienen en los sucesos posteriores, y para que pueda juzgarse el modo que se tenía de tratar este asunto, de copiar algunos párrafos de una de las consultas hechas en 1694.

«Señor: despues de haber resuelto V. M., á consulta de los ministros que componen esta junta, que se continuase la guerra, sin escuchar las proposiciones de Francia para la paz y el artículo sobre la sucesion; y habiendo V. M. mandado escribir cartas particulares al señor Emperador y demas aliados, diciéndoles que sin comun acuerdo de todos estaba V. M. en firme ánimo de no dar oídos á estas proposiciones, y que ántes de consentir V. M. de tratados indignos aventuraria V. M. todos sus dominios, aunque sus aliados le dejasen solo en la guerra; se han ido recibiendo sucesivamente de los ministros que V. M. tiene en las cortes de Europa y de algunos príncipes las cartas que, resumidas ligeramente, es la sustancia de su contenido como sigue:

«El elector de Baviera respondió de mano propia, como príncipe de la liga, poniendo todas sus acciones en la voluntad de V. M., y como gobernador de Flandes envió copia de una carta que le había escrito desde Ratisbona el mensajero Neufeforje, expresando lo bien que había sido oída en aquella Dieta la resolución de V. M.»—Tambien el Elector de Maguncia respondió aplaudiéndola.—D. Juan Carlos Bazan envió la respuesta que le dió el secretario de Estado del duque de Saboya estimando la noticia.

«El marques de Leganes dijo que para mantener lo resuelto era menester hacer con vigor la guerra. D. Francisco Bernardo de Quirós, que él había participado á los ministros de los príncipes aliados que están en la Haya, y que todos habían quedado gozosos y satisfechos y asegurados de que no vendrá ese tratado sin su auencia. El marques de Canals representó que esta noticia había llegado á muy buen tiempo: que el rey Guillermo estaba ofendido de que Francia no hablase con él en sus proyectos, y que había remitido la respuesta al Congreso de la Haya, por si con este cimientó podía radicar allí los tratados.

«El duque de Medinaceli respondió que se valdría de la noticia, y que reconocía que Su Santidad no dejaba de aprobar la proposicion de ceder al elector de Baviera las pretensiones del señor Emperador, y del Delfin.

«Y últimamente, el marques de Burgosnayre dijo que el señor Emperador había oído sumamente gustoso la resolución de V. M., y aguardaba para responder á estos proyectos, lo que diría el rey Guillermo, pero que entre tanto estaba V. M. Casarea con el espíritu fatigado por las diferentes proposiciones de Francia sobre la sucesion de España, y no sin recelos de que aquella corona trate particularmente con el elector de Baviera, de cuya sospecha recela el Marques algun grave inconveniente, mayormente dudando el señor Emperador lo que en V. M. se entiende sobre la materia, y viéndole muy sensible que para esto se piense en otra cosa que en la suya (1).»

Y de este modo prosigue enumerando todas las demas contestaciones, y al mismo tiempo el modo con que cada corte en particular consideraba la sucesion.

Estas consideraciones, que fácil es de comprender que cada corte las haría con arreglo á los intereses particulares que en el asunto tuviese, aumentaban la perplejidad del Monarca, que realmente no sabía qué partido tomar en medio de opiniones tan encontradas.

(1) Coleccion de manuscritos del Archivo de Salazar. K. 42. Todas las minutas de estos documentos que se conservan cuidadosamente son verdaderamente interesantes y curiosas y prestan gran luz sobre todos estos acontecimientos.



J. SERRA, lit.

Lit. VIDAL, Omo. 27.

EL MARQUES DE MANCERA.

Riera, Editor. Barcelona, Robador. 24 y 26.